

Diana Bonnett y Felipe Castañeda, eds.
El Nuevo Mundo: Problemas y debates

Bogotá: Universidad de los Andes, 2004.
388 páginas. ISBN: 958-695-127-8

Yobenj Aucardo Chicangana Bayona
Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín

Debates para la comprensión del Nuevo Mundo

La década del 90 reactivó la polémica alrededor del mundo sobre las conmemoraciones de los 500 años del llamado descubrimiento de América. La discusión sobre si se debía celebrar o no el año de 1992 acabó por generar muchos debates y reavivó el interés por las investigaciones sobre los temas de la Conquista y la Colonia en el Nuevo Mundo. Pero la reacción más interesante a mi modo de ver es la tentativa de desmontar y cuestionar las tradiciones y las lecturas tradicionales relacionadas con este período. Las discusiones teóricas se centraron en lo problemático de los conceptos con los que tradicionalmente se identifica la llegada de Colón en 1492, imagen asociada en la historiografía con el logro de un individuo que superó los obstáculos hasta alcanzar la meta de su empresa y descubrir un nuevo continente. El término “descubrimiento” tiene connotaciones de apropiación donde se impone el poder del hombre sobre la naturaleza (importante aclarar: el hombre europeo), visión que lleva a idealizar las prácticas científicas a través de las cuales se construye una historia teleológica del progreso. El término ya nos hace suponer un proceso unidireccional y asimétrico, que depende de la proeza de los europeos. Otros conceptos frecuentemente usados han sido el de “encuentro de mundos”, “invasión”, “construcción” o “invención” y, más recientemente, “comprensión” todos los cuales presentan discusiones conceptuales y problemas teórico-metodológicos complejos. Precisamente son estos debates los retomados por Mauricio Nieto Olarte, en el primer texto, “La comprensión del Nuevo Mundo: geografía e historia natural en el siglo XVI” y que estimularon la publicación de esta colección de ensayos.

Ediciones Uniandes publicó en 2004 *El Nuevo Mundo: Problemas y debates*, una selección de ensayos escritos por destacados investigadores, entre historiadores, filósofos, antropólogos, teólogos y literatos, en su mayoría colombianos, que proponen estudios interdisciplinarios sobre la Conquista y la Colonia en América. Algunas de estas propuestas formaron parte del coloquio homónimo realizado en la Universidad de los Andes (Bogotá) en septiembre de 2003. *El Nuevo Mundo* es cuidadoso en su parte gráfica, tanto en la calidad del material de la publicación como en la austeridad del arte gráfico de la carátula del libro. La reproducción de

las imágenes es relativamente buena, aunque su localización no es la más eficiente. Desde el aspecto formal, no todos los capítulos cuentan al final con una bibliografía y aún se encuentran algunos errores de impresión. La mayor cualidad del libro está en la variedad y calidad de autores reunidos, todos reconocidos docentes investigadores, que escriben un total de 13 ensayos para esta obra, donde se destacan diferentes líneas de investigación, temas y variadas propuestas teórico-metodológicas. Este conjunto de textos presenta una perspectiva de los temas actualmente investigados en nuestro país y nos permite un balance comparativo con los estudios que sobre el tema son desarrollados en otros países. Pero la mayor cualidad de esta obra se convierte en su mayor problema: no hay unidad temática o cronológica. Lo que conecta estos variados textos es la problemática del “Nuevo Mundo”, que, según sus editores Diana Bonnett y Felipe Castañeda, permite abrir un espacio para la divulgación y el encuentro crítico de aportes académicos, interdisciplinarios.

El Nuevo Mundo no cuenta con una división interna en partes. Son ensayos seguidos y no necesariamente conectados. En la introducción, al presentar la obra, los editores organizan los trece ensayos en tres secciones, de la siguiente manera: La primera parte, dedicada al aparato conceptual, que sustenta el término “Nuevo Mundo”, con autores como Mauricio Nieto, Jaime Borja y Paolo Vignolo, aborda temas como el problema del concepto del Nuevo Mundo; la escritura y la idea de historia de los textos de Indias y las Antípodas en el pensamiento renacentista y su relación con la alteridad. La segunda sección reúne ensayos que discuten casos ilustrativos de reacciones de cronistas y monografías que resaltan las respuestas de americanos y europeos a la dominación hispánica. En esta parte escriben autores como Matthias Vollet, Felipe Castañeda, Francisco Ortega, Christian Schäfer, Carl Langebaek, Pilar Gonzalbo y Diana Bonnett, interesados por temas tan variados como sugestivos: la manera como Colón, Vitoria, Sepúlveda y De Las Casas concebían al indio americano; la presencia o ausencia de milagros durante la Conquista; el caso de incas reinantes que para llevar sus reclamos ante la Corona se acogen a la autoridad colonial; la aplicación de categorías del Viejo Mundo al Nuevo; las idolatrías en la Sierra Nevada de Santa Marta; las formas de convivencia, el diseño urbano, la cocina mestiza y el significado simbólico de las indumentarias, y, finalmente, la protección indígena durante los gobiernos de los Habsburgo y los Borbones. La tercera parte o sección está formada por tres artículos relativos al impacto y la creación del Nuevo Mundo, no ya en los siglos XVI-XVIII, sino durante los siglos XIX y XX. En esta parte escriben Carl Langebaek, Betty Osorio y Jorge Aurelio Díaz sus ensayos sobre la geoexclusión y los criollos, los usos estratégicos de los conceptos de la cultura dominante dentro del pensamiento indígena a partir del estudio de la obra de Quintín Lame y el papel de la tradición católica en la configuración de la llamada “modernidad postergada”. A continuación, me detendré brevemente en algunos de los ensayos.

El texto de Paolo Vignolo, derivado de su investigación doctoral “Nuevo Mundo: ¿Un mundo al revés? Las antípodas en el imaginario del Renacimiento”, destaca de una forma original el papel y la importancia de las antípodas en la comprensión y la alteridad del Nuevo Mundo. Así, inicia su análisis con el concepto de antípodas, desde la filosofía griega pasando por el mundo medieval, para designar un punto diametralmente opuesto al del observador en la esfera terrestre; por otro lado, el término también está asociado a la inversión simbólica y a la subversión del sentido común. Vignolo hace un recorrido desde la Antigüedad clásica, desde Plinio El Viejo, mostrando la transmisión de lo clásico a lo medieval y de lo medieval a lo renacentista, de una extensa tipología de poblaciones fabulosas. Con los Padres de la Iglesia, específicamente con San Agustín, se conciliará la teología y la doctrina geográfica, ya que la existencia de seres humanos en un continente inalcanzable, excluidos de la descendencia de Adán y, por ende, absolutamente ignorantes de la noticia de los Evangelios, pone en tela de juicio la vocación ecuménica del cristianismo. De esta forma las antípodas no podrían ser pobladas por hombres y sí por monstruos.

El acercamiento con las razas plinianas permite la asociación entre el vocablo antípodas y los apelativos de seres exóticos, cuyos nombres en la teratología sistemáticamente hacen referencia a sus características físicas extraordinarias: *blemmias*, *cinocéfalos*, *sciapodes*, etc. Durante la Edad Media se concretarán dos procesos: las antípodas se convertirán en una raza pliniana más y todas estas razas emigrarán hacia el otro hemisferio llamado Tierra de las Antípodas. El autor resalta que casi todos los autores (letrados, humanistas) y que las obras de la época (tratados de geografía y cosmografía, crónicas y relatos de viaje) hacen referencia a la cuestión de las antípodas. En la sociedad renacentista las antípodas serán claves en la transición y comprensión del espacio de la vieja cosmología medieval a la moderna. Como Vignolo bien lo destaca, las antípodas demuestran ser un dispositivo retórico para imaginar mundos posibles y también para subvertir, desplazar y trastocar el sentido producido por la visión aristotélico-tomista de mundo. El autor dedica la parte final de su texto a discutir cómo, en el imaginario de las Antípodas, van a converger diferentes corrientes del mundo al revés medieval y las fabulaciones sobre los confines remotos del mundo: el imperio universal, propio de la tradición clásica, que revive con la afirmación de los Estados nacionales; la nostalgia de la Edad de Oro de los antiguos, después retomada por los humanistas; la búsqueda del Edén perdido, de la tradición judeocristiana; el país de la Cucaña, derivado de la cultura popular carnavalesca, y Utopía, uno de los mitos fundadores de la modernidad. Vignolo concluye afirmando que la visión de la alteridad ya no pasará por el allá geográfico y será reemplazada por la fascinación de lo exótico colonial. Sin embargo, justifica que es a partir del imaginario de este “mundo al revés” que Europa va a forjar el llamado Nuevo Mundo.

El ensayo de Jaime Borja “La escritura medieval en los textos de Indias” también es un texto derivado de sus investigaciones de doctorado. Inicia su escrito discutiendo lo complejo del término “crónica” y haciendo una crítica historiográfica al sentido acuñado en el siglo XIX, que no corresponde al sentido que se tenía en el siglo XVI. Esta crítica se extiende al contraste entre la forma de hacer historia del siglo XIX y la escritura de la historia en el siglo XVI. Así, el consenso historiográfico decimonónico elevó las crónicas al estatuto de fuentes primarias, lo que acaba por ignorar las particularidades de su escritura y sus horizontes de expectativas. Tal y como lo señala Borja, son relatos que no pueden ser encerrados dentro de una misma experiencia escriturística. El esfuerzo del autor se centrará en mostrar que es posible la comprensión de estos relatos, pero para ello se deben restituir los intereses que los produjeron, como el horizonte de expectativas que animó su escritura. Borja resalta que para leer los textos de Indias es necesario insertarlos en la tradición de la cual provienen, es decir, en el espacio de la experiencia medieval. Para eso aborda tres problemas teórico-metodológicos: qué era escribir historia en el siglo XVI, como se argumentaba una narración histórica y cuál era la idea de verdad.

En la segunda parte del texto propone tratar de devolver los textos de Indias a su espacio de producción, al entorno cultural que los produjo, así como rescatar la tradición de la cual proviene la práctica de la escritura de la historia que se empleaba en el siglo XVI. A continuación aborda el debate historiográfico sobre la crisis y el fin de la Edad Media, percepción derivada de la obra de Huizinga y endosada por varios historiadores del siglo XX. Apoyado en autores como Rodney Milton y Jacques Heers, cuestiona la supuesta crisis y cree más bien en un proceso de cambios dentro de las instituciones medievales, que se prolongarían cuatro siglos, y dice que la tan mentada ruptura solo ocurriría en el siglo XVIII con las revoluciones burguesas. Esta idea de “crisis” medieval es resultado de la historiografía decimonónica, especialmente al comparársela con el período posterior, el Renacimiento, cuya percepción viene desde escritores como Boccaccio y Pretarca, y que buscaba una conexión que legitimara al Renacimiento como heredero directo de la Antigüedad clásica, motivaciones que, como Borja bien destaca, tienen intereses políticos y no necesariamente una conciencia de estar superando un período histórico. Esto explicaría la separación abrupta de lo medieval y lo moderno, como si fueran resultado de una transformación de sus estructuras. De esta forma, Borja concluye que la Edad Moderna es una convención, un período que aún forma parte de lo medieval. Entonces, las prácticas, entre ellas la escritura, llevadas a cabo desde el descubrimiento, conquista y colonia, se habían erróneamente percibido como un aspecto propio del Renacimiento y, por lo tanto, de la Edad Moderna. Considero que es aquí donde radica el mayor aporte de Borja, ya que el estudio de los textos de Indias debe considerar el espíritu medieval.

En la tercera parte del ensayo se aborda el estudio de la escritura de la historia, no como una forma de contar hechos verdaderos, sino para enseñar virtudes, es decir, la historia es vista como un ejercicio de la moral: el *magistrae vitae* ciceroniano. Esta escritura tan de moda en el siglo XVI tenía un modo en que debía ser narrada con el objetivo de persuadir, es decir, el arte de la *retórica*. El autor desarrolla las técnicas y funciones de la retórica e indica su uso en los textos de Indias. Finaliza su ensayo explicando que estos textos eran argumentados apelando a los clásicos y a la Biblia, y a lo que sería la idea de verdad en estas fuentes.

El ensayo de Francisco Ortega, “La opacidad o lo que ocurre con la Historia en el ámbito colonial: La Instrucción y Relación de Titu Cusi Yupanqui (1570)”, estudia el caso de dos *sapan* incas que deciden acogerse a la justicia española para llevar a cabo sus reclamos ante la autoridad colonial. Uno de ellos, Manco Inca (1516-1544), fundador del imperio neoinca de Vilcabamba, y el otro, su hijo Sayri Túpac (1535-1561). El punto de partida de esta reflexión es el memorial del penúltimo inca Titu Cusi Yupanqui (1529-1570), hijo de Manco y hermano de Sauri Túpac. Este memorial fue redactado hacia el final de su vida y es la primera y única instancia en que un inca reinante relata su propia vida por medio escrito y, además, para un público no andino. El memorial forma parte de la negociación que ocurre en un momento en que la colonia española se ha consolidado y el Estado de Vilcabamba se ha debilitado significativamente. De acuerdo con el autor, para Titu Cusi el relato es solo uno de tantos recursos de negociación disponibles por los incas contra los españoles. Lo que llama la atención es que el memorial o petición al rey es un recurso netamente colonial y, más curioso aún, que esta herramienta sea usada por un sujeto social que habita el borde externo del imperio y, por lo tanto, con más espacio de maniobra. Así son estudiados tres condicionamientos esenciales, o componentes de la escrituraria colonial, sobre los que Tuti Cusi puede ensayar una estrategia de interpelación: el horizonte de posibilidades enunciativas, la estructura que determina el campo de significaciones y la distancia entre oralidad y escritura. Ortega concluye que es en ese intercambio, una estrategia de engaño mutuo, donde se restablece la simetría que permite concebir nuevamente un orden en el mundo. Solo en dicha simetría, como se infiere en Titu Cusi, hay un espacio común, un equilibrio de fuerzas, un intercambio de significantes entre colonizadores y nativos. En ese intercambio el comercio entre significados es imposible y se hace evidente que no hay representación del subalterno.

Por último, me referiré a uno de los dos textos escritos por el profesor Carl Henrik Langebaek, “Geografía y pasado prehispánico: la formación de una Nación”. Es innegable que la propuesta del texto es muy interesante, porque abre un debate apenas iniciado en los estudios nacionales sobre historia natural, viajeros, naturalistas, colonialismo, paisaje y poder. Este tipo de temas han sido más frecuentes, desde hace más de una década, en la historiografía británica y americana, principalmente porque son debates que tienen que ver con medio

ambiente y ecología, tan de moda hoy en día. En su artículo, Langebaek hace un seguimiento a las nociones sobre la naturaleza americana y su relación con las sociedades indígenas y la “civilización”. Esta disputa es presentada como la imposición de un modelo de geoexclusión, que justificaba para los criollos las diferencias sociales de las colonias americanas. El autor, a partir del problema presentado, busca cuestionar las racionalidades y discursos que llevaron a que se produjera el “nuevo orden”. Para esto hace un balance de las respuestas que se han dado. Para algunos las nuevas naciones latinoamericanas no se pudieron desarrollar porque el orden colonial español fue reemplazado por otros, como el británico o el francés. Así, las élites criollas serían víctimas de poderes externos que les habrían impedido lograr los planes igualitarios con que combatieron a los ibéricos. Un buen ejemplo es el mito de Bolívar. El problema de esta lectura es que sustenta una explicación externalista, que no tiene en cuenta las condiciones internas de las colonias ni los grupos que las conformaban.

La segunda explicación, más reciente, asimila las élites criollas al régimen cultural occidental; donde serían los abanderados de la homogenización europea y la expansión cultural impuesta por la fuerza. Los criollos habrían tratado de imponerse sobre una heterogénea población de origen no europeo que se resistió a ella. Langebaek cuestiona esta respuesta y la considera, al igual que la primera, deficiente, porque presupone que el régimen de poder criollo, posterior e impuesto después de la conquista, pretendió hacer más homogéneas a las nuevas sociedades, como aspiraban por entonces las sociedades europeas. El autor es tajante: los criollos nunca estuvieron interesados en igualar la sociedad, sino en exagerar las diferencias, pese al desmoronamiento del régimen colonial. La independencia significó, entonces, la imposición de un nuevo régimen de dominio basado en la geoexclusión, dirigida a la población indígena, negra y sobre todo mestiza y blanca pobre. El texto del profesor Langebaek hace una lectura original: con el término geoexclusión se refiere a una estrategia de legitimación de la diferencia en el medio ambiente y su influencia en el cuerpo humano, la cual reemplazó al antiguo régimen basado en la autoridad tradicional y la costumbre. Fue un régimen propio, nacido de los intereses de las élites criollas, aunque con orígenes europeos. Los criollos sustentaron su poder en la diferencia, reproduciéndola y reforzándola; y la supusieron regida y justificada por leyes naturales. Para argumentar estas tesis, el autor recurre a los antecedentes europeos de esta experiencia de geoexclusión: Bufón, Raynal, de Pauw y Robertson; para contrastarla con la respuesta americana de José María Salazar, Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano y Francisco de Ulloa. Finalmente, cierra su texto con un pequeño epílogo donde resalta la contradicción historiográfica que significa que los criollos, al recoger la mejor tradición hispana y las ideas de la Revolución Francesa, construyeran una imagen de campeones de las ideas de igualdad, cuando en la práctica promovieron la igualdad con los españoles, pero la desigualdad con el resto de los hombres.

Finalmente, es importante destacar el esfuerzo de juntar académicos en un debate tan polémico, sugestivo e instigante, algo que se les debe reconocer a los editores Diana Bonnett y Felipe Castañeda. *El Nuevo Mundo: Problemas y debates* es un texto agradable, heterogéneo, que se convierte en una referencia obligatoria para los interesados en el tema. Este libro debe ser leído y discutido para que se estimule el surgimiento de nuevas investigaciones y nuevas lecturas sobre los problemas que trae la comprensión del Nuevo Mundo.